

JO NESBØ

EL LEOPARDO



«NESBØ DEMUESTRA
SU MÁXIMA MAESTRÍA.»
SUNDAY EXPRESS

Roja & Negra

Traducción de Ada Berntsen y
Carmen Montes Cano

ROJA & NEGRA

Una colección de
LITERATURA RANDOM HOUSE
www.megustaleerebooks.com

PRIMERA PARTE

1

El ahogamiento

Se despertó. Parpadeó ante aquella oscuridad profunda. Abrió la boca y respiró por la nariz. Volvió a parpadear. Notó que le caía una lágrima, notó que disolvía la sal de otras lágrimas. Pero ya no le bajaba la saliva por la garganta, tenía la cavidad bucal reseca y dura. Se le habían tensado las mejillas por la presión interior. Tenía la sensación de que el cuerpo extraño que tenía en la boca fuera a reventarle la cabeza. Pero ¿qué era, qué era? Lo primero que pensó al despertar era que quería descender otra vez. Bajar a esa profundidad cálida y oscura que la había rodeado. El líquido que él le había inyectado seguía surtiendo efecto, pero ella sabía que el dolor se iba acercando, lo notaba en la percusión lenta y sorda del pulso y en el fluir atropellado de la sangre en el cerebro. ¿Y él, dónde se habría metido? ¿Estaría allí mismo, detrás de ella? Continuó la respiración, aguzó el oído. No oía nada, pero sí sentía la presencia. Como un leopardo. Alguien le había contado que el leopardo era tan silencioso que podía acercarse y llegar al lado de su presa en la oscuridad, que podía ajustar sus jadeos y respirar a tu ritmo. Contener la respiración cuando tú contienes la respiración. Le dio la impresión de que sentía el calor de su cuerpo. ¿A qué esperaba? Dejó de contener la respiración. Y en ese momento, creyó notar en la nuca la de otra persona. Se giró, agitó los brazos, pero solo encontró aire. Se acurrucó tratando de encogerse, de esconderse. Inútil.

¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente?

Empezó a pasarse el efecto de la droga. Fue solo una décima de segundo. Pero suficiente para darle el anticipo, la promesa. La promesa de lo que estaba por venir.

El cuerpo extraño que le habían puesto delante en la mesa era del tamaño de una bola de billar, de metal brillante, con agujeros pequeños troquelados y figuras y símbolos en relieve. De uno de los agujeros sobresalía un hilo de color rojo con un lazo que, automáticamente, le recordó al árbol de Navidad que iban a decorar en casa de sus padres la víspera de Nochebuena, dentro de siete días. Con bolas brillantes, duendecillos, cestas, luces y banderas de Noruega. Dentro de ocho días cantarían el salmo «Grande es la Tierra», y tendría la oportunidad de ver el brillo en los ojos de sus sobrinos a la hora de abrir los regalos que les llevaba. Todo lo que habría hecho de un modo totalmente distinto. Todos los días que habría vivido con mucha más intensidad, con mayor honradez, los habría llenado de alegría, de aire y de amor. Los lugares que había recorrido solo de paso; los lugares a los que se dirigía. Los hombres a los que había conocido, el hombre que le faltaba por conocer. El feto del que se libró a los diecisiete, los hijos que aún no había tenido. Los días que malgastó pensando en aquellos que tendría en el futuro.

Al final, dejó de pensar en cualquier cosa que no fuera el cuchillo que le pusieron delante. Y en la voz dulce que le dijo que tenía que meterse la bola en la boca. Y ella obedeció, naturalmente que sí. Con el corazón martilleándole en el

pecho, abrió la boca todo lo que pudo y empujó la bola hacia dentro de modo que el hilo quedara colgando por fuera. El metal tenía un sabor amargo y salado, como las lágrimas. Alguien le forzó la cabeza hacia atrás y el acero le quemó la piel cuando notó la hoja plana del cuchillo en la garganta. Una lámpara que había apoyada en la pared, en una de las esquinas, iluminaba el techo y la habitación entera. Solo el gris del cemento. Aparte de la lámpara, había en la habitación una mesa de camping de plástico blanco, dos sillas, dos botellas de cerveza vacías, dos personas. Él y ella. Ella notó el olor de un guante de piel cuando un dedo índice tironeó del lazo de hilo rojo que le sobresalía por la boca. Y un segundo después fue como si le hubiera explotado la cabeza.

La bola se expandió y presionó el interior de la boca. Y con independencia de cuánto la abriera, la presión era constante. Él examinó aquella boca abierta con concentración e interés, como el dentista cuando comprueba que el aparato corrector está bien colocado. Manifestó su satisfacción con una sonrisita.

Ella notó con la lengua que de la bola salían unas varillas, que eso era lo que le presionaba el paladar, la carne blanda de debajo de la lengua, la cara interna de los dientes, la campanilla. Trató de decir algo. Él escuchó paciente los sonidos inarticulados que le surgían de la boca. Se mostró satisfecho cuando vio que ella se rendía y sacó una jeringa. La gota parpadeó en el extremo de la jeringa a la luz de la linterna. Él le susurró al oído: «No toques el hilo».

Luego, le clavó la aguja en un lado del cuello. Al cabo de unos segundos, ella se quedó inconsciente.

Escuchaba con pavor su propia respiración y parpadeó en la oscuridad.

Tenía que hacer algo.

Apoyó las palmas de las manos en el asiento, que estaba pegajoso por el sudor, y se puso de pie. Nadie se lo impidió.

Fue caminando con pasos cortos hasta que se topó con una pared. Fue tanteando con la mano hasta dar con una superficie lisa y fría. La puerta de metal. Empujó el picaporte metálico. No se movía. Cerrada con llave. Pues claro que estaba cerrada con llave, ¿qué se había creído? ¿Eran risas lo que oía, o eran sonidos que tenía dentro de la cabeza? ¿Dónde estaba él? ¿Por qué jugaba con ella de aquel modo?

Hacer algo. Pensar. Pero para poder pensar tenía que librarse de aquella bola de metal antes de que el dolor la volviera loca. Metió el pulgar y el índice a ambos lados de la boca. Tocó las varillas. Trató de meter los dedos debajo de una de ellas, pero sin éxito. Le dio un ataque de tos, al tiempo que la invadía el pánico al ver que no podía respirar. Comprendió que las varillas habrían inflamado la carne que rodeaba la faringe y que no tardaría en asfixiarse. Dio una patada a la puerta de hierro, intentó gritar, pero la bola de metal ahogó el sonido. Volvió a rendirse. Se apoyó en la pared. Prestó atención. ¿Eran pasos discretos lo que oía? ¿Estaría él moviéndose por la habitación, jugando a la gallinita ciega con ella? ¿O sería solamente el bombear de la sangre en los oídos? Se armó de valor, pensando en los dolores, y cerró la boca. Apenas había conseguido presionar las varillas hacia dentro de la bola cuando estas la obligaron a abrir la boca de nuevo. Era como si la bola estuviera latiendo, como si se hubiera vuelto un corazón de hierro, como si se hubiera convertido en una parte de ella.

Hacer algo. Pensar.

Resortes. Las varillas funcionaban con resortes.

Las varillas se dispararon cuando él tiró del hilo.

«No toques el hilo», le dijo.

¿Por qué no? ¿Qué pasaría si lo hiciera?

Deslizó la espalda por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Del suelo de cemento ascendía un frío húmedo. Sintió deseos de gritar otra vez, pero no tenía fuerzas. Calma. Silencio.

Todas las palabras que habría dicho en presencia de las personas a las que quería, en lugar de aquellas que habrían llenado el silencio en presencia de aquellas que le eran indiferentes.

No había salida alguna. Solo estaban ella y aquel dolor infernal, y la cabeza, que estaba a punto de estallarle.

«No toques el hilo.»

Si tiraba, tal vez las varillas se meterían otra vez en la bola y ella se vería libre del dolor.

Pensaba en círculos, había entrado en un bucle. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Dos horas? ¿Ocho horas? ¿Veinte minutos?

Si era tan fácil y no había más que tirar del hilo, ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Por la advertencia de una persona que, a todas luces, no estaba en su sano juicio? ¿O sería parte del juego el que ella se dejara engañar y no detuviera aquel dolor totalmente innecesario? ¿O consistiría el juego en que ella desoñera la advertencia y tirara del hilo para que así..., para que así ocurriera algo terrible? ¿Y qué ocurriría, en ese caso, qué era aquella bola?

Sí, eso era, un juego, un juego cruel. Porque a ella no le quedaba otra salida. El dolor era insoportable, se le inflamaba la garganta, no tardaría en asfixiarse.

Una vez más, intentó gritar, y el grito quedó en un sollozo, y parpadeó, parpadeaba sin parar, pero ya no afloraban más lágrimas.

Los dedos encontraron el hilo que colgaba por fuera de los labios. Tiró un poco hasta que se quedó tenso.

Lamentaba todo aquello que no había hecho, naturalmente. Pero aunque vivir una vida de privaciones la hubiera llevado a un lugar distinto de aquel en el que ahora se encontraba, habría preferido esa opción.

Tiró del hilo.

Las agujas salieron del extremo de las varillas. Tenían siete centímetros de longitud. Cuatro atravesaron las mejillas y quedaron por fuera; tres salieron por los senos nasales; dos entraron por las fosas nasales y otras dos asomaron por la barbilla. Una aguja le perforó el esófago y otra el globo ocular derecho. Dos de las agujas atravesaron la parte posterior del paladar y alcanzaron el cerebro. Pero esa no fue la causa directa de la muerte. Dado que la bola de metal cerraba el paso, no pudo escupir la sangre de las heridas que le chorreaba en la boca. La sangre fue cayendo en la tráquea y de ahí pasaba a los pulmones; a consecuencia de ello, no llegaba oxígeno a la sangre, lo que causó el paro cardíaco y lo que el forense llamaría en su informe hipoxia cerebral, es decir, falta de oxígeno en el cerebro. En otras palabras: Borgny Stem-Myhre se ahogó.

2

La oscuridad esclarecedora

18 de diciembre

Los días son cortos. Fuera todavía hay luz, pero aquí, en el interior de mi sala de recortes la oscuridad es eterna. A la luz del flexo, las personas de las fotos que hay en la pared resultan irritantes con sus caras alegres e ingenuas. Tan llenas de expectativas, como si fuera una obviedad tener la vida por delante, lisa y sin alteraciones, como un mar de tiempo en calma absoluta. He sacado el recorte del periódico, he recortado las historias lacrimógenas de la familia, que está conmocionada, he eliminado los detalles sangrientos del hallazgo del cadáver. Solo he seleccionado la foto inevitable que un familiar o un amigo le habrá dado a algún periodista pesado, la foto en la que ella estaba en su mejor momento, cuando sonreía como si fuera a ser inmortal.

La policía no sabe apenas nada. Todavía no. Pero pronto tendrán más con lo que trabajar.

¿Qué es, dónde radica aquello que convierte a una persona en asesino? ¿Es congénito, depende de un gen, una posibilidad que se hereda, que unos tienen y otros no? ¿O es algo que se produce necesariamente, que se desarrolla en el encuentro con el mundo, una estrategia de supervivencia, una enfermedad que te salva la vida, una locura racional? Porque, así como la enfermedad es el pistoletazo febril del cuerpo, la locura es la retirada necesaria del ser humano a un lugar donde atrincherarse de nuevo.

Personalmente, pienso que la capacidad de asesinar es fundamental en todo hombre sano. Nuestra existencia es una lucha por las cosas buenas, y aquel que no es capaz de matar a su prójimo no tiene derecho a existir. Matar es, pese a todo, anticipar lo inevitable. La muerte no hace excepciones, y mejor así, porque la vida es dolor y sufrimiento. Visto de ese modo, todo asesinato es un acto de compasión. Solo que no lo vemos cuando el sol nos calienta la piel, cuando el agua nos refresca los labios y sentimos a cada latido ese absurdo deseo de vivir; e incluso por unas migajas de tiempo estamos dispuestos a pagar con todo lo que hemos conseguido en la vida: dignidad, posición, principios. En ese momento debemos ir hasta el fondo, dejar atrás la luz que nos desorienta y nos ciega. Hasta la oscuridad fría y esclarecedora. Y sentir la dureza del núcleo. La verdad. Que era lo que yo debía encontrar. Que fue lo que encontré. Lo que hace de una persona un asesino.

¿Y qué pasa con mi vida? ¿Acaso creo yo como los demás que es un mar de tiempo sin alteraciones?

Desde luego que no. Dentro de poco, yo también acabaré en el vertedero de la muerte, junto con otros intérpretes de este drama insignificante. Pero, con independencia de en qué nivel de descomposición se encuentre mi cadá-

ver, aunque solo quede el esqueleto, tendré la sonrisa en la boca. Porque para eso vivo ahora, esa es la única razón de mi existencia, la posibilidad que tengo de purificarme, de liberarme de toda la ignominia.

Pero este es solo el principio. Ahora pienso apagar la lámpara y salir a la luz del día. La poca que queda.

3

Hong Kong

La lluvia no se rindió a la primera. Ni tampoco a la segunda. Sencillamente, no se rindió. Hacía un tiempo húmedo y templado, semana tras semana. La tierra estaba empapada de agua, las autopistas europeas se hundían, las aves migratorias dejaron de emigrar y advirtieron de la existencia de insectos de los que no se había tenido noticia hasta ahora tan al norte. El almanaque decía que era invierno, pero las colinas de Oslo aparecían no solo sin nieve, sino que ni siquiera estaban de color pardo. Estaban verdes y acogedoras, como la pista de césped artificial de Sogn, donde los deportistas, abatidos, se dedicaban a hacer jogging con sus leotardos tipo Dæhlie, mientras esperaban en vano poder esquiar alrededor del lago Sognsvann. La noche de fin de año, la bruma era tan densa que el sonido de los cohetes llegaba perfectamente desde el centro de Oslo hasta Asker, pero ni siquiera quienes los lanzaban desde su jardín veían ni rastro de ellos. De todos modos, los noruegos quemaron esa noche fuegos artificiales por valor de seiscientas coronas por familia, según un estudio de consumo que también demostró que la cantidad de noruegos que hacía realidad el sueño de unas navidades blancas en las blancas playas de Tailandia se había duplicado en tan solo tres años. Pero también en el Sudeste Asiático parecía que el tiempo estuviese consumiendo ácido: las amenazantes espirales en forma de arropa, que normalmente solo se veían en el mapa del tiempo en la estación de los tifones, aparecían ahora en hilera una tras otra adentrándose en el mar de China. En Hong Kong, donde febrero es por lo general uno de los meses de más sequía del año, llovía torrencialmente aquella mañana, y la falta de visibilidad obligó al vuelo 731 de Cathay Pacific Airways procedente de Londres a dar una vuelta de más antes de poder aterrizar en Chek Lap Kok.

—Da gracias a que no tenemos que aterrizar en el antiguo aeropuerto —dijo el pasajero de facciones orientales que iba al lado de Kaja Solness, cuyos puños se aferraban con desesperación a los brazos del asiento—. Estaba en medio de la ciudad y nos habríamos estrellado contra alguno de los rascacielos.

Eran las primeras palabras que el hombre había pronunciado desde que despegaron hacía doce horas. Kaja aprovechó de mil amores la oportunidad de concentrarse en otra cosa que no fuera el hecho de que se encontraba en el aire, por el momento, además, lleno de turbulencias.

—Gracias, sir, es muy tranquilizador. ¿Es usted inglés? —El hombre dio un respingo, como si le hubiera dado una bofetada, y ella se dio cuenta de que lo había insultado gravemente al sugerir que perteneciera a los señores coloniales de antaño—: O... ¿chino, quizá?

El hombre negó con un gesto vehemente.

—Chino de Hong Kong. ¿Y usted, señorita?

Kaja Solness dudó un instante si responder que era noruega de Hokksund, pero se limitó a decir «noruega», lo que puso a cavilar un rato al chino de Hong Kong, el cual, con un «Ajá» de triunfo, lo corrigió y lo convirtió en «¡Escandinava!», y le preguntó acto seguido cuál era el motivo de su visita a Hong Kong.

—Encontrar a un hombre —dijo ella mirando las nubes de color plumizo, con la esperanza de poder ver pronto tierra firme.

—Ajá —repitió el chino de Hong Kong—. Usted es muy guapa, señorita. Y no crea ni remotamente eso que dicen de que los chinos solo se casan con chinos.

Ella sonrió.

—Se refiere a los chinos de Hong Kong, ¿no?

—Sobre todo, los chinos de Hong Kong —asintió él muy animado, y le mostró una mano que no llevaba anillo—. Yo me dedico a los microchips, mi familia tiene fábricas en China y en Corea del Sur. ¿Qué va a hacer esta noche?

—Dormir, espero —dijo Kaja bostezando.

—¿Y mañana por la noche?

—Para entonces espero haberlo encontrado y estar de vuelta a casa.

El hombre frunció el ceño.

—¿Tanta prisa tiene, señorita?

Kaja rechazó la oferta del hombre, que quería llevarla, y cogió el autobús, uno de dos pisos, para ir al centro. Una hora después, se encontraba sola en un pasillo del hotel Empire Kowloon, y respiró hondo.

Había metido la llave electrónica en la puerta de la habitación que le habían asignado y solo tenía que abrirla. Obligó a la mano a presionar el picaporte. Abrió de un tirón y se quedó mirando al interior de la habitación.

No había nadie.

Naturalmente que no.

Entró, dejó la maleta en el suelo al lado de la cama, se acercó a la ventana y miró a la calle. Primero, el hormiguero humano que había fuera, diecisiete plantas por debajo de donde se encontraba; luego, los rascacielos que, desde luego, no se parecían a los hermanos gráciles o, al menos, más pomposos de Manhattan, de Kuala Lumpur o de Tokio. Estos parecían termiteros, tan aterradores como impresionantes, como un testimonio grotesco de hasta qué punto es capaz de adaptarse la especie humana cuando siete millones de personas tienen que caber en poco más de cien kilómetros cuadrados. Kaja sentía que el cansancio se apoderaba de ella, se quitó los zapatos y se desplomó en la cama. Aunque era una habitación doble, y el hotel, de cuatro estrellas, la cama de un metro y veinte centímetros de ancho ocupaba toda la superficie del suelo. Y pensó que en aquellos termiteros tenía que encontrar a una persona determinada, a un hombre que, según todas las indicaciones, no tenía particular interés en que lo encontraran.

Durante unos instantes, sopesó las alternativas: cerrar los ojos o ponerse manos a la obra. Se serenó un poco y se levantó. Se quitó la ropa y se metió en la ducha. Luego se plantó delante del espejo y constató sin autocomplacencia que el chino de Hong Kong estaba en lo cierto: era guapa. No era una opinión suya, era algo tan parecido a un hecho como pudiera serlo la belleza. La cara, con los pómulos salientes; las cejas, negras como cuervos pero marcadas y con una forma bonita sobre unos ojos grandes, casi infantiles, con un iris verde que brillaba con la intensidad de una mujer adulta y joven. El pelo, color miel; los labios carnosos, que apenas se rozaban en una boca un tanto ancha. El cuello largo y delgado; el cuerpo, no menos delgado, con unos pechos pequeños, apenas una elevación, ondulaciones en una superficie marina de piel perfecta, aunque con la palidez del invierno. La suave redondez de las caderas. Aquellas

piernas largas por las que dos agencias de modelos de Oslo hicieron el viaje a Hokksund mientras ella iba al instituto y que, aunque muy contrariadas, aceptaron su negativa. Y lo que más satisfacción le causó fue cuando uno de los agentes le dijo al despedirse: «Pues muy bien, pero recuerda una cosa, querida: no eres una belleza *perfecta*. Tienes los dientes pequeños y puntiagudos. No deberías sonreír tanto».

A partir de ese momento empezó a sonreír más a menudo todavía.

Kaja se puso un par de pantalones caqui, un chubasquero fino y se deslizó ligera y silenciosamente en el ascensor hasta la recepción.

—¿Chungking Mansion? —preguntó el recepcionista, y casi consiguió no enarcar las cejas—. Kimberley Road hasta Nathan Road y luego a la izquierda.

Todos los albergues y hoteles de los países miembros de la Interpol tienen obligación de registrar a los huéspedes extranjeros, pero cuando Kaja llamó al secretario de la embajada de Noruega para comprobar cuál era el último lugar en el que se había alojado el hombre al que buscaba, el secretario la informó de que Chungking Mansion no era ni un hotel ni tampoco una *mansion*, en el sentido de casa señorial. Era un conjunto de comercios, quioscos de comida, restaurantes y, probablemente, más de cien albergues con y sin certificación, con una variedad de dos a veinte habitaciones, distribuidas en cuatro edificios bastante altos. Las habitaciones que allí se alquilaban eran desde sencillas, limpias y agradables, hasta ratoneras o celdas carcelarias de una estrella. Y lo más importante: en Chungking Mansion, un hombre que no tuviera grandes exigencias en la vida podía dormir, comer, vivir, trabajar y reproducirse sin tener que abandonar nunca su morada.

En Nathan Road, una calle comercial muy concurrida con muchos artículos de marca, fachadas relucientes y amplios escaparates, encontró Kaja el acceso a Chungking. Y por allí entró.

A un panorama de olor a fritanga de los establecimientos de comida rápida, el martilleo de los zapateros, los rezos musulmanes de los aparatos de radio y la mirada cansina de los dependientes de las tiendas de ropa usada. Le sonrió fugazmente a un turista un tanto desorientado, que llevaba mochila, una *Lonely Planet* en la mano y unas piernas blancas y heladas que asomaban por unos pantalones de camuflaje de un corto demasiado optimista.

Un vigilante uniformado vio la nota que Kaja le mostraba, dijo «Lift C» y señaló al pasillo.

La cola que había delante del ascensor era tan larga que no entró hasta la tercera tanda, se apretujaron en una caja metálica que crujía y temblaba sin parar y que recordó a Kaja a los cíngaros, que enterraban a sus muertos en vertical.

El albergue tenía un propietario musulmán con turbante que, enseguida y con gran entusiasmo, le enseñó un habitáculo que se suponía era una habitación y donde, milagrosamente, habían logrado encajar un televisor en la pared encima de los pies de la cama y un aparato ronco de aire acondicionado sobre el cabecero. El entusiasmo del propietario remitió cuando ella interrumpió la campaña de marketing para mostrarle la foto de un sujeto y su nombre, tal y como debería figurar en el pasaporte, y le preguntó que dónde estaba en aquellos momentos.

Al ver la reacción, Kaja se apresuró a aclararle que ella era su mujer. El secretario de la embajada le había advertido que blandir un documento de identidad de un organismo oficial en el Chungking sería «contraproducente». Y cuando Kaja, por si acaso, añadió que el hombre de la foto y ella tenían cinco hijos,

el propietario del albergue cambió radicalmente de actitud. Un joven pagano occidental que ya había dado al mundo tantos hijos merecía su respeto. Exhaló un suspiro y, meneando la cabeza con expresión lastimera, dijo en un inglés staccato:

—Una pena, una pena, señora. Vinieron y le quitaron el pasaporte.

—¿Quién?

—¿Quién? La Tríada, señora. Siempre la Tríada.

—¿La Tríada? —preguntó Kaja extrañada.

Naturalmente, conocía aquella organización, pero en realidad tenía la idea de que la mafia china pertenecía fundamentalmente al mundo de los tebeos y las películas de kárate.

—Siéntese, señora. —Trajo inmediatamente una silla, en la que ella se dejó caer sin más—. Vinieron a buscarlo, él no estaba, se llevaron el pasaporte.

—¿El pasaporte? Pero ¿por qué?

El hombre vaciló.

—Por favor, tengo que saberlo.

—Su marido apostó a los caballos, me temo.

—¿Caballos?

—Happy Valley. La pista de carreras. Es una abominación.

—¿Tiene deudas de juego? ¿Con la Tríada?

El hombre movió la cabeza de arriba abajo y de derecha a izquierda varias veces y alternativamente, para indicar que confirmaba el hecho y que lo lamentaba.

—¿Y se han llevado el pasaporte?

—Tendrá que pagar la deuda para recuperarlo si quiere salir de Hong Kong.

—Ya, pero en el consulado noruego pueden hacerle uno nuevo.

El turbante se mecía de un lado a otro.

—Sí, claro. Y puedes conseguir uno falso por ochenta dólares americanos aquí mismo, en Chungking. Pero el problema no es el pasaporte. El problema es que Hong Kong es una isla, señora. ¿Usted cómo llegó aquí?

—En avión.

—¿Y cómo piensa salir de aquí?

—En avión.

—Un único aeropuerto. Billetes de avión. Todos los nombres en los ordenadores. Muchos puntos de control. Muchos en el aeropuerto a quienes la Tríada paga algo de dinero a cambio de que reconozcan una cara. ¿Comprende?

Ella asintió despacio.

—Es difícil escapar.

El propietario le sonrió.

—No, señora, escapar es imposible. Pero sí puedes esconderte en Hong Kong. Siete millones. Fácil desaparecer.

Kaja empezaba a notar la falta de sueño y cerró los ojos. Seguramente, el propietario la malinterpretó, porque le puso una mano en el hombro para consolarla y le dijo:

—Vamos, vamos.

Vaciló un instante, luego se le acercó y le susurró:

—Señora, yo creo que sigue aquí.

—Ya, claro, eso parece.

—No, quiero decir aquí, en Chungking. Lo he visto.

Ella lo miró.

—Dos veces —dijo el propietario—. En Li Yuan. Comiendo. Arroz barato. No le diga a nadie que se lo he dicho. Su marido es un buen hombre. Pero problemas. —Alzó la vista al cielo, tanto que casi se le perdieron los ojos en el turbante—. Muchos problemas.

Li Yuan era un mostrador, cuatro mesas de plástico y un chino que le sonrió alentador cuando Kaja, después de seis horas, dos raciones de arroz frito, tres cafés y dos litros de agua, se despertó sobresaltada y levantó la cabeza de la superficie aceitosa de la mesa y lo miró a la cara.

—*Tired?* —le dijo el chino sonriente, mostrando una hilera de dientes incompleta.

Kaja bostezó, pidió el cuarto café y continuó esperando. Dos chinos entraron y se sentaron en la barra sin hablar y sin pedir nada. No se dignaron dirigirle ni una mirada, cosa que ella agradeció. Tenía el cuerpo tan rígido de las veinticuatro horas que llevaba sentada que el dolor la atravesaba entera, fuera cual fuera la postura. Giró la cabeza a ambos lados por ver si conseguía poner en marcha la circulación sanguínea. Luego, hacia atrás. Le crujió el cuello. Se quedó mirando los fluorescentes blanquiazules del techo, antes de bajar la cabeza otra vez. Y se encontró con una cara distorsionada y pálida. El hombre se había parado delante de una de las persianas de acero del pasillo y escrutaba el pequeño local de Li Yuan. Detuvo la mirada en los dos chinos de la barra. Y luego siguió su camino a toda prisa.

Kaja se levantó, pero se le había dormido la pierna, que se dobló bajo su peso. Cogió el bolso y fue cojeando tan rápido como pudo detrás del hombre.

—*Welcome back* —oyó que le decía Li Yuan.

Estaba tan delgado... En las fotos parecía corpulento y altísimo, y en el programa de televisión, la silla en la que estaba sentado parecía hecha para pigmeos. Pero no le cabía duda de que era él: la cabeza abollada con el pelo cortado a cepillo, la nariz rotunda, los ojos con aquella telaraña de vasos sanguíneos y el iris azul luminoso aguado por el alcohol. La barbilla firme y la boca sorprendentemente dulce, casi bonita.

Kaja salió como pudo a Nathan Road. Al resplandor del neón divisó la espalda de una cazadora de piel que destacaba entre la multitud. No parecía que caminara deprisa y, aun así, se vio obligada a ir medio corriendo para poder seguirlo. El hombre abandonó la concurrida calle comercial y Kaja aumentó la distancia cuando entraron en callejas más estrechas, menos transitadas. Memorizó el nombre de la calle que se leía en la placa, Meldén Row. La tentaba la idea de acercarse a él, presentarse y zanjar el asunto. Pero había decidido atenerse al plan: averiguar dónde vivía. Había dejado de llover y, de repente, las nubes se replegaron a un lado y detrás apareció un cielo alto y negro como de terciopelo, cuajado de estrellas como alfileres titilantes.

Al cabo de veinte minutos dejó de caminar, se detuvo súbitamente en una esquina, y Kaja temió que la hubiera descubierto. Pero él no se volvió, sino que sacó algo del bolsillo de la cazadora. Ella se quedó atónita. ¿Un biberón?

Dobó la esquina.

Kaja lo siguió y llegó a una plaza grande, amplia, llena de gente, la mayoría joven. Al final de la plaza, encima de unas puertas anchas de cristal, brillaba un letrero con un texto en inglés y en chino. Kaja reconoció los títulos de algunas de las nuevas películas que ella nunca tendría tiempo de ir a ver. Localizó la cazadora de piel y logró ver que el hombre dejaba el biberón en el pedestal no

muy alto de una escultura de bronce que representaba una horca con el lazo vacío. Dejó atrás dos bancos que estaban llenos, se sentó en el tercero y sacó un periódico. Unos veinte segundos después se levantó, volvió a la escultura, cogió el biberón al pasar, se lo guardó de nuevo en el bolsillo de la cazadora y echó a andar por donde había venido.

Había empezado a llover otra vez cuando lo vio entrar en Chungking Mansion. Kaja empezó a prepararse su discurso. Ya no había cola para los ascensores, pero él siguió a pie por la escalera, giró a la derecha y se perdió por una puerta de vaivén. Ella se apresuró a seguirle los pasos y, de pronto, se encontró en un rellano decadente y desierto, con un olor penetrante a pis de gato y a cemento húmedo. Contuvo la respiración, pero solo se oía un goteo. Acababa de decidir que seguiría subiendo cuando oyó una puerta que se cerraba más abajo. Bajó corriendo la escalera y vio la única que podía haber producido aquel ruido, una puerta de metal llena de abolladuras. Puso la mano en el picaporte, sintió que empezaba a temblar, cerró los ojos y soltó una maldición para sus adentros. Luego abrió la puerta y se vio en la oscuridad. Es decir: fuera.

Algo le corría por los pies, pero no gritó, ni tampoco se movió.

Al principio creyó que estaba en el hueco de un ascensor. Pero cuando miró hacia arriba, vio las paredes de ladrillo renegridas cubiertas de una maraña de tuberías, cables, fragmentos de metal retorcido y de andamios de hierro desplomados y oxidados. No era un patio, solo un espacio de unos cuantos metros cuadrados entre los edificios. La única luz procedía de allá arriba, de una cuadrícula diminuta y estrellada.

A pesar de que no había nubes en el cielo, la lluvia mojaba el asfalto y le caía en la cara, y se dio cuenta de que era el agua de condensación de los aparatos de aire acondicionado oxidados que sobresalían de las fachadas. Retrocedió, apoyó la espalda en la puerta de hierro.

Esperó.

Y al final, se oyó en la oscuridad:

—*What do you want?*

Kaja nunca había oído su voz. Bueno, sí, lo había oído en aquel programa de televisión donde habló sobre asesinos en serie, pero oírlo en realidad era muy distinto. Detectó ahora cierta ronquera que lo hacía parecer mayor de los menos de cuarenta años que ella sabía que tenía. Pero, al mismo tiempo, una serenidad fruto de la seguridad en sí mismo que no encajaba con la expresión desesperada que había visto por la ventana del Li Yuan. Profunda, cálida.

—Soy noruega —dijo ella.

No hubo respuesta. Kaja tragó saliva. Sabía que las primeras palabras serían decisivas.

—Me llamo Kaja Solness. Me han encargado la misión de encontrarte. Me lo ha encargado Gunnar Hagen.

Ninguna reacción al nombre de su jefe de Delitos Violentos. ¿Se habría ido?

—Trabajo para Hagen como investigadora de asesinatos —dijo al aire en la oscuridad.

—Enhorabuena.

—No hay por qué darla. Como sabrás si has leído la prensa noruega estos últimos meses.

Debería haberse mordido la lengua. ¿Estaba tratando de hacerse la lista? Debía de ser la falta de sueño. O los nervios.

—Te daba la enhorabuena por haber ejecutado bien la misión. Me has encontrado. Ya te puedes ir.

—¡Espera! —gritó Kaja—. ¿No quieres saber a qué he venido?

—Mejor no.

Pero las palabras que había escrito y practicado le salieron solas:

—Han asesinado a dos mujeres. El forense halló indicios de que se trata del mismo asesino. Aparte de eso, no tenemos ninguna pista. Aunque apenas hemos facilitado detalles a la prensa, llevan ya un tiempo aireando la noticia de que otro asesino en serie anda suelto. En algún periódico han dicho que este asesino puede haberse inspirado en el Muñeco de Nieve. Hemos recurrido a expertos de la Interpol, pero sin resultado. La presión de los medios y las instituciones...

—No significa no —dijo la voz.

Y se oyó una puerta al cerrarse.

—¡Eh! ¿Oye? ¿Estás ahí?

Avanzó tanteando y encontró una puerta. La abrió antes de que el miedo se apoderase de ella y se vio en otro rellano, también a oscuras. Atisbó una luz más arriba y fue subiendo los peldaños de tres en tres. La luz entraba por el cristal de una de las puertas de vaivén, y Kaja la abrió. Entró en un pasillo recto y vacío en cuyo enlucido descascarillado habían desistido de pintarrajear y de cuyas paredes emanaba una humedad que viciaba el aire. Apoyados en aquella humedad vio a dos hombres con los cigarrillos sobresaliendo de la comisura de los labios, y le llegaron vaharadas de un humo dulzón. Los hombres la miraron con indolencia. Con demasiada indolencia, esperaba. El más bajito era negro, de origen africano, supuso. El más alto era blanco y tenía en la frente una cicatriz en forma de pirámide, como una señal triangular de advertencia. Kaja había leído en, *Politiet*, la revista corporativa que Hong Kong tenía casi treinta mil agentes en las calles y se consideraba la ciudad superpoblada más segura del mundo. Pero, claro, sería en las calles.

—*Looking for hashish, lady?*

Ella negó con la cabeza, trató de sonreír con soltura, trató de hacer lo que les recomendaba a las niñas cuando se dedicaba a dar charlas por las escuelas: dar la impresión de que sabía adónde iba, no de que le había perdido la pista a la manada. No de ser una presa.

Ellos le devolvieron la sonrisa. La otra puerta que había en el pasillo estaba cegada con cemento. Los hombres sacaron las manos de los bolsillos y el cigarrillo de la boca.

—*Looking for fun, then?*

—*Wrong door, that's all* —respondió Kaja, y se dio media vuelta para salir otra vez.

Una mano le aferró la muñeca. Sentía el miedo en la boca como papel de aluminio. Ella dominaba aquello en teoría. Lo había practicado en una colchoneta de goma, en un gimnasio iluminado con un instructor y rodeada de colegas.

—*Right door, lady. Right door. Fun is the way.*

El aliento la apestó con un olor a pescado, cebolla y marihuana. En el gimnasio solo había un contrincante.

—*No, thanks* —dijo tratando de hablar con voz firme.

El negro apareció al otro lado, le cogió la mano que tenía libre y dijo con una voz chillona y ondulante:

—*We will show you.*

—*Only there's not much to see, is there?*

Los tres se volvieron hacia la puerta de vaivén.